



CAPITULO LII

RELACIONES ENTRE LOS ESTADOS INDEPENDIENTES DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA Y EUROPA

Los Estados Unidos de la América del Norte reconocen la independencia de las colonias españolas.—Inglaterra reconoce la independencia de las colonias españolas.—Congreso de Panamá.



LARO está que de todas las naciones del mundo, eran los Estados Unidos los que más vivas y ardientes simpatías sentían por la independencia de las colonias hispano-americanas. En su independencia veían no sólo los Estados Unidos la consagración del derecho de insurrección, sino su propia seguridad, pues alejadas las monarquías europeas de América, su independencia, vista aun de mal ojo en Europa, adquiriría una estabilidad definitiva.

¿Pero iban los Estados Unidos á desafiar á Europa reconociendo la insurrección Sud Americana, en el momento en que la Santa Alianza reverdecía los antiguos principios realistas y la supremacía monárquica?

No creyeron los norte-americanos que les fuera posible lanzar el reto á Europa sin contar con el apoyo de Inglaterra, y este apoyo llegó á solicitarse indirectamente, esto es, asociando á Inglaterra á sus propósitos, reconociendo una y otra nación la independencia de la América española.

Hacían valer para esto los grandes perjuicios que sufría el comercio con la guerra; los peligros infinitos que sufría la marina, pues con el pretexto de la guerra, los corsarios españoles infestaban los ma-

res americanos y no perdonaban á buque alguno que se presentara á su vista. Se atacaba el buque, se le rendía, y á las pocas horas ó días se vendía con ó sin su cargamento, y siempre se vendía con todo descaro, como si aquel buque aprehendido no perteneciera á una nación amiga. Recordábanle luego á Inglaterra los grandes sacrificios que en hombres y dinero habían hecho sus hijos para la libertad americana, y aun cuando todo esto hallaba eco, como Inglaterra acabó por estar en espíritu con Castlereagh, con la Santa Alianza, no le fué posible á los Estados Unidos arrastrar á Inglaterra, y en su consecuencia continuó desde esa fecha, ó sea desde 1818, atisbando la ocasión favorable para continuar sus gestiones.

Inquietóse grandemente la opinión en la gran república al saberse el empeño que ponía Francia en fundar en América algunos tronos para los borbones franceses; pero como esta política encontró desde luego en Inglaterra un contrario decidido, no tuvieron los Estados Unidos gran cosa que hacer para tranquilizar á sus conciudadanos sobre la política monárquica de Europa en América tan preconizada en todas partes por Chateaubriand.

Atentos los Estados Unidos á la marcha progre-

siva de la revolución americana, cuando vieron á España amenazada por la intervención extranjera y comprendieron que había de serle imposible todo esfuerzo para dominar la insurrección americana, y vieron que Inglaterra en este momento, más atendía á lo que pasaba en España que no á lo que pasaba en América, cuando supieron que las Cortes habían repudiado el tratado de Córdoba que por un momento había hecho temer en Washington el triunfo de las ideas realistas en América, se apresuraron á reconocer la independencia del Sud América, diciendo, —8 de Marzo de 1822,—su presidente Monroe «que puesto que las naciones españolas de América eran *de facto* independientes, reconocerlas no era más que decir la verdad.»

Sin embargo, los Estados Unidos no se apresuraron, después de la declaración del Congreso, á reconocer todos los Estados que habían proclamado su independencia: por de pronto dejaron á un lado á Méjico, pero tan pronto terminó el interregno de Iturbide, se apresuraron á reconocer su independencia y lo mismo hicieron con Colombia, en donde como hemos contado, no se veía claro sobre sus tendencias políticas.

Inglaterra había abordado ya la situación por otro lado. Tomando pretexto de la piratería, Wellington declaró al Congreso de Verona, que Inglaterra se había visto obligada á reconocer la existencia efectiva de los Estados de la América del Sud en cuanto esto era imprescindible para celebrar tratados para reprimir la piratería, pronosticando que esta necesidad de estar en buena inteligencia con las autoridades locales había de provocar nuevos actos de reconocimiento.

Canning, que como sabemos se había siempre mostrado favorable para los Estados insurrectos, y que como hemos dicho había amenazado á la Santa Alianza si entraba en España con el reconocimiento de la independencia de América, y aun cuando la amenaza no surtió efecto, Canning no creyó que debiera comprometerse más de lo que ya lo estaba con América, pues no sabía si la Santa Alianza le obligaría al cabo á ponerse al lado de España.

Durante el curso de la guerra, Canning entabló negociaciones con el embajador de los Estados Unidos, Rush, para una acción común en América al objeto de impedir la ingerencia de la Santa Alianza, pero parecióle esto atrevido y resolvió obrar por su cuenta, haciendo saber á Polignac, tan pronto la obra del duque de Angulema hubo terminado, que Inglaterra reconocería la independencia de la América española, si nació alguna se dispusiera á auxi-

liar á España para someter á los americanos, lo cual era poner coto á los manejos de Francia, que, como sabemos tenía puesta su intención en la Plata.

Polignac respondió al ministro inglés que no era de temer la intervención de Europa en América, sino en la forma que ya conocía Inglaterra, esto es, mediante un Congreso destinado á ofrecer á las partes beligerantes su mediación, en cuyo Congreso Inglaterra podría tomar parte y hacer prevalecer su política.

Este era el pensamiento propio de Chateaubriand, quien siempre visionario é ideólogo, soñaba en reunir un Congreso europeo-americano, (y con esto queda dicho que pensaba que los americanos asistirían), encargado de apaciguar los ánimos alterados por teorías absurdas y de llevarlos á todos á lo que él llamaba «unidad de gobierno.»

Canning, como buen inglés, se desentendió de toda esa ideología, declarándole á Polignac que los intereses particulares de Inglaterra exigían una conclusión rápida y práctica de la cuestión americana, y que no quería someter la cuestión á potencias que no tenían nada que ver con América.

Enteró el ministro inglés de lo que pasaba á Rush quien, naturalmente, protestó de toda intervención de Europa en los asuntos americanos, y así se comprende que para parar los golpes de las potencias europeas cundiera y fuera aceptada por todos los Estados americanos la idea de un Congreso americano destinado á reivindicar el derecho de los americanos á gobernarse por sí mismos.

Como precisamente los Estados Unidos tenían á la sazón por presidente el hombre cuyo nombre había de acabar por ser sinónimo de americanismo intransigente, Monroe, se adelantó á los acuerdos de Europa y en el discurso presidencial de la apertura del Congreso, dijo de la manera más formal y solemne: «Que era imposible que las potencias europeas extendieran su sistema político sobre una parte cualquiera de América, sin perturbar la dicha y la paz del continente; y que, por consiguiente, era imposible que América viera esto con indiferencia, declarando por fin, que América había dejado ya de ser en definitiva un país colonial de las potencias europeas.»

Con esto puede juzgarse de la acogida que Canning podía dar al despacho del rey Fernando por el cual pedía la convocación de la Conferencia europea. Canning, por si no bastaba su negativa,—30 de Enero de 1824,—hizo decir al rey en la apertura del parlamento, «que Inglaterra se reservaba el de-

recho de obrar como mejor lo entendiera en los asuntos americanos.»

Por más que este lenguaje fuera decisivo y categórico, Inglaterra no añadía á las palabras los actos. Aplazaba el reconocimiento para cuando fuera oportuno, y es evidente que la oportunidad iba á estallar tan pronto se reunieran en Conferencia las potencias que habían acogido bien lo propuesto por O'Falia, y á las cuales hacía saber indirectamente, esto es, por la comunicación enviada al ministro de Fernando VII que Inglaterra obraría en los asuntos de América como mejor le conviniera sin rencor, sin espíritu de hostilidad, pero también sin miramientos á la corte de Madrid.

Este lenguaje puso fin al proyecto de Conferencia porque las naciones europeas no estaban dispuestas para dar gusto á España á enemistarse con Inglaterra.

Cuando Canning vió que ya no se hablaba de conferencia, cuando vió retirado á la vida privada á Chateaubriand, creyó que era llegado el momento de dar un paso más y principió por celebrar tratados de comercio con los Estados americanos que habían adquirido de hecho su independencia, esto es, con Buenos Aires, Colombia, Méjico y Perú.

Algo más tarde,—1.º de Enero de 1825,—cuando Canning vió que la ocupación de España por las tropas francesas que habían restaurado á Fernando VII como rey absoluto, tomaba un carácter de agresión contra ella, pues Chateaubriand hablaba de convertir en un Gibraltar á Cádiz, Canning resuelto ya á obrar, sintiendo detrás de sí á toda América, hizo saber á los embajadores de las potencias europeas oficialmente, lo que hasta aquí se hacía con reservas, esto es, que se mandaban á los dichos Estados americanos, comisionados oficiales, para que bajo la base del reconocimiento de las colonias como Estados independientes celebrasen con ellas tratados de comercio.

Este despacho le valió á Canning que le sermonearan las potencias europeas sobre la violación de los principios conservadores y monárquicos, pero después de haber gastado esta pólvora en salva, ya nadie más se acordó de América, ni del abandono en que se dejaba la cuestión de principios. España protestó en larga y detallada nota, pero todas las potencias le dieron la callada por respuesta.

La cuestión americana quedaba resuelta. El Congreso americano no hizo más, pues, que abrir una puerta abierta.

Colombia, en su lucha contra España, había, como sabemos, puesto sus ojos en el Perú, y aun

cuando tenía sobre este estado ideas absorbentes, principió por unirse á él para defenderse mutuamente contra España. A esta unión, como sabemos, se adhirieron después Buenos Aires y Chile, y cuando en América se supo que España iba á ser invadida por los franceses, y cuando ya había pasado el reinado de Iturbide, convencidos los Estados americanos insurrectos que España no podría atender á la guerra de América, la alianza de los Estados del Sud América, se completó con la entrada de Méjico,—23 de Octubre de 1823.

Al tratarse, pues, de la celebración del Congreso americano, resultaba que la mitad de la tarea estaba hecha, pues sólo faltaba que dieran su asentimiento los Estados Unidos y el Brasil, á ese proyecto de alianza americana contra Europa, que Colombia y los Estados Unidos impulsaban.

Bolívar con sus impacencias, con su política con el Perú y con su americanismo exagerado, hizo que abortara el Congreso de Panamá.

Había ya nacido para la América independiente una cuestión capital, la cuestión de la esclavitud, y la emancipación de los negros decretada por Bolívar, había dado por resultado que en Cuba y Puerto Rico, los criollos todos se pusieran al lado de España, temerosos de su ruina. Esto mismo hizo que el Brasil, que había ofrecido enviar un delegado, no lo enviara, y que los mismos Estados Unidos, se enfriaran. En Buenos Aires, en donde esta cuestión estaba ya resuelta, Rivadavia hizo oposición al Congreso de Panamá, que abrió sus sesiones al fin el día 22 de Junio de 1826, fundándose en que el exagerado espíritu que en él había de reinar, había de ser causa de que se suspendiera la emigración de Europa á América, sin la cual no se podría desarrollar el Nuevo Mundo. En Chile la oposición nació de la conducta de Bolívar en Perú, que es lo que hubo de determinar la repulsa del Paraguay casi hostil.

Tuvieron también su parte de responsabilidad los ideólogos, los que veían en la Asamblea del istmo de Panamá la renovación de las antiguas asambleas de los griegos en Corinto, los que hablaban de la federación sud-americana, de su Asamblea y gobierno nacional, ideas antipáticas á la mayoría de los hombres políticos americanos, y tanto más antipáticas cuanto que veían que sus fautores eran los mismos que con sus cañones imponían su hegemonía á pueblos hermanos.

Por todo esto fué, pues, un fracaso el Congreso de Panamá, y como éste no tenía ya que defenderse contra Europa, porque ya Europa se había desaten-

dido de América, cuando el Congreso de Panamá se retiró á Tacubaya,—Méjico,—por haberse recibido la falsa noticia de que se acercaba una escuadra española, América y Europa olvidaron á los miembros del Congreso, bien convencidas de que las declaraciones que allí se hicieran no habían de influir ni

entonces ni nunca en el desarrollo y porvenir de América.

La América para los americanos no fué bastante á impedir la restauración monárquica en Méjico hecha por Francia, ni la expedición de España, Francia é Inglaterra á dicho país.



Oldenburg: Cruz y placa de la orden del Mérito de Pedro Federico Luis



CAPITULO LIII

LA MONOCRACIA DE BOLIVAR

Posición de Bolívar.—La catástrofe.—Bolivia y el Código Boliviano.—Venezuela.—Los colombianos en el Perú.—Formación de partidos en Colombia.—La Convención de Ocaña y sus consecuencias.—Los colombianos en Bolivia.—Tendencias monárquicas de los colombianos.—Separación de Venezuela.—Disolución de la Colombia.—Fin de Bolívar.—Bolívar y Washington.

BOLIVAR después de la batalla de Ayacucho que le ganó Sucre, apareció á los hombres del Sud América como el genio tutelar de la América latina. En aquellos momentos no se vió en él más que al hombre que había liberado á Venezuela, Nueva Granada, el Ecuador, el Perú, en donde había conseguido lo que primero no pudo alcanzar Buenos Aires, lo que después no pudieron alcanzar Buenos Aires y Chile unidos. Este entusiasmo sin límites se traducía en los más exagerados actos, y lo que es más de admirar la exageración de sus agradecidos paisanos, atravesó los mares, y en Europa mismo se hablaba de Bolívar como del grande entre los grandes.

Reseñar lo que se hizo en el Perú y Colombia en honor suyo, ocuparía muchas páginas. Estatuas ecuestres, donativos de millones de duros, todo parecía poco, y de todo habría para hablar largo rato. El Alto Perú no sabiendo qué hacer cambió su nombre por el de Bolívar, y al lado de Colombia se puso á la Bolivia, bien es verdad que no era el mayor de los elogios parangonar á Colón y á Bolívar.

Esto es lo que resulta de los éxitos en todas oca-

siones. Los que se jactaban de haber vencido á los hijos del Cid, á los soldados que habían vencido á Napoleón, no veían que su mayor triunfo estaba en haber sabido romper con sus padres y parientes, en haber roto los lazos de consanguinidad con España. Esta decisión, este desapego por la familia, fué el rasgo heroico de la guerra americana. Las batallas que durante todo su curso se libraron, ya lo hemos visto, no son para mentadas como batallas de los hijos del Cid. La mayor parte de las veces la casualidad decidía la victoria. Casi jamás el arte militar.

Obligados los españoles á batirse casi siempre en las peores condiciones, teniendo que apoyarse en fuerzas auxiliares que al menor contratiempo abandonaban las banderas, cuando se descubre el puñado de hombres que en la Plata, Chile, Perú y Colombia sostienen levantada la bandera de España, no puede uno menos de confesar que eran dignos descendientes de Cortés y de Pizarro.

Fuimos vencidos y debíamos serlo, no porque las guerras internacionales y las guerras civiles de la península nos derrotaran en América. Fuimos vencidos porque no era ya posible dominar el nume-